

ÍNDICE

Prólogo	9
Mi familia y mi infancia.....	13
El cese en la escuela y las primeras labores	17
Las canteras de granito.....	21
Las actividades agrícolas y ganaderas en Tornadizos	25
Las elecciones del 16 de febrero: la victoria del Frente Popular	29
En Tornadizos, algunos meses antes del estallido de la guerra.....	33
El golpe de Estado de los militares y los primeros días de la guerra en Tornadizos	37
Los combates con la columna del coronel Julio Mangada	43
Con la 34 Brigada Mixta	51
Con las tropas de tierra de la aviación de la República	57
En el frente extremeño	63
El golpe del coronel Casado y el fin de la guerra.....	67
El campo de concentración de Castuera	75
La fuga del campo de concentración de Castuera.....	85
La llegada a Francia: Gurs, Argelès-sur-Mer y Lunel-Viel.....	103
Vagabundeo en Marsella y cárcel en Aix-en-Provence.....	111
Los Grupos de Trabajadores Extranjeros en el Mediodía francés.....	115
Camino hacia el departamento de Charente Marítima y el final de la guerra.....	131
Epílogo.....	139
Anexos	141



Itinerario aproximativo que siguieron Albino Garrido y sus camaradas al fugarse del campo de concentración de Castuera. Anduvieron setenta y nueve días, del 4 de enero de 1940 al 22 de marzo de 1940, atravesando más de media España. Cruzaron la frontera por la zona de Canfranc, en la provincia de Huesca, llegando a Urdos en Francia.

PRÓLOGO

Mis padres siempre me han hablado de sus orígenes, me han explicado por qué y en qué condiciones llegaron a Francia. Esta transmisión ha sido de lo más natural pues se ha realizado en lengua española. Yo soy hijo de republicanos españoles.

Mis primeros recuerdos concretos de esta condición de hijo de exiliados se remontan al final de los años cincuenta, y corresponden a la escucha que nosotros hacíamos de Radio España Independiente, la famosa "Pirenaica", cuyas emisiones regularmente "interferidas" por las autoridades españolas generaban efectos sonoros lancinantes, lo que le añadía algo de misterio. Esta estación de radio emitía desde Bucarest, y era la voz de los españoles que resistían al franquismo.

Mis padres tuvieron que huir de España al final de la guerra. Mi madre no tenía más de quince años cuando, en febrero de 1939, en la debacle que siguió a la caída de Barcelona y de Cataluña, atravesó con su familia la frontera francesa, seguramente por la región del puerto de Ares. Originarios de Madrid, ellos tuvieron que dejar la capital a finales del año 1936 después de que los franquistas iniciaran sus bombardeos mortales contra la población civil madrileña. Tras haber pasado quince días refugiándose en los pasillos subterráneos y las estaciones de metro, fueron trasladados a un pequeño pueblo, Mollet del Vallès, situado en los alrededores de Barcelona. Fue desde allí que, en camión, partieron hacia Francia. Por falta de gasolina hubieron de abandonar su vehículo y caminar durante dos o tres jornadas por la montaña para llegar a la frontera. Algunos días más tarde, fueron evacuados en tren desde Arles-sur-Tech hacia el campo de internamiento de Villepey, cerca de Fréjus, en el departamento del Var.

Cuando mi madre evoca el campo de Villepey, habla siempre de un "campo de concentración". Ella se acuerda de la precariedad de sus condiciones de vida, de la escasez de alimento, de los soldados senegaleses que aseguraban, sin ningún miramiento, la vigilancia en el interior del campo, mientras que en el exterior los gendarmes completaban el dispositivo de seguridad.

Mi padre llegó a Francia el 22 de marzo de 1940. Se había evadido del campo de concentración franquista de Castuera, en la provincia de Badajoz. Después de una larga marcha de setenta y nueve días, él y tres camaradas lo-

graron alcanzar la frontera francesa, pasando de Canfranc, en la provincia de Huesca, a Urdos, en los Pirineos atlánticos.

La Guerra Civil Española, que ellos habían vivido en condiciones muy distintas, les marcó profundamente. Sin conocer todos los detalles, yo he captado progresivamente, según estaba en edad de comprender, todas las pruebas que, como tantos españoles, ambos tuvieron que afrontar y superar. Desde este punto de vista, el recorrido de mi padre era particularmente revelador.

Su exitosa evasión del campo de concentración de Castuera representaba, indiscutiblemente, una victoria contra la represión terrible que se abatía sobre los vencidos de la guerra civil, esos "rojos" o esas "hordas marxistas", así era como los denominaban aquellos que tres años antes se habían rebelado contra la legalidad republicana vigente desde abril de 1931. Esas fuerzas reaccionarias no habían aceptado la instauración de la República y, cinco años después, la victoria del Frente Popular en las elecciones legislativas del 16 de febrero de 1936.

Mi percepción de la guerra de España, "su" guerra de España, nace, por tanto, de las evocaciones que regularmente nuestro padre nos hacía, sobre todo con ocasión de las fechas de aniversario de acontecimientos dramáticos que había vivido. Él relataba los crímenes perpetrados por los falangistas en su pueblo de Castilla al principio de la guerra: Cándido, el alcalde, partidario de la República, asesinado el 4 de agosto de 1936; los cinco fusilados el 29 de septiembre de 1936, día de San Miguel, santo patrón de su pequeño pueblo, Tornadizos de Ávila; Terio, un muchacho, asesinado algunos días más tarde, cuando labraba su campo.

Cándido fue un personaje central en la toma de conciencia que mi padre tuvo en esos momentos trágicos y en los dos o tres años que los precedieron. Era el herrero del pueblo, un hombre inteligente y enérgico que, después de la victoria del Frente Popular en las elecciones legislativas del 16 de febrero de 1936, se había hecho cargo de los destinos del municipio. Cándido encarnaba, al nivel de su pueblo, la aspiración de todos los jornaleros de más justicia social. Simplemente querían poder vivir de su trabajo dignamente, y esa era la exigencia que la República debía traducir en actos.

Estaba igualmente la figura del general Mangada, ese "general del pueblo" que, a la cabeza de una columna de milicianos surgida de los suburbios obreros de Madrid y reforzada por los mineros de Asturias, había tomado la dirección de las tierras de la provincia de Ávila para hacer frente a las facciones venidas del norte y cortarles la carretera de la capital. Mangada había agregado a su tropa a los campesinos de los pueblos cercanos que habían tomado la oportunidad de luchar arma en mano por la defensa de la República. Así fue como mi padre, el 6 de agosto de 1936, con apenas diecisiete años, dejó definitivamente su pueblo y se unió a la columna Mangada.

Ángel, el hermano mayor de Cándido, suboficial de carrera, era jefe militar en la columna Mangada y llenó el gran vacío dejado por Cándido. Ángel, con quien mantuvo largo tiempo contacto, le aportó, tomando el relevo

de Cándido, una ayuda preciosa para entender mejor los momentos difíciles que debía afrontar.

Después, con la reorganización de las tropas de voluntarios, surgió la 34 brigada mixta, con el comandante Carrasco, en el frente del cerro de San Benito y, ante ellos, a 200 metros de distancia, los franquistas apostados en sus trincheras, la estancia en las tropas terrestres de la aviación, Villamayor de Santiago y la familia Pérez Fernández, las Colorinas, el SIM en la 41 división en Herrera del Duque, el golpe de Estado del Coronel Casado y el fin de la República.

Mi padre contaba también su dramática entrega, ese 28 de marzo de 1939, cuando el teniente coronel Adame, que comandaba un regimiento de la 19 división franquista, hizo fusilar sobre el campo y bajo su mirada a dos oficiales que formaban parte de la delegación republicana que fue a parlamentar tras haber rendido las armas. Finalmente, él describía el campo de concentración de Castuera, la represión brutal que cayó sobre los internados, la extrema precariedad de las condiciones de vida que ahí reinaban y su evasión el 4 de enero de 1940 después de más de ocho meses de confinamiento.

No omitía evocar la “estancia” en Francia, que comenzó con su paso por los campos de concentración de Gurs y de Argeles-sur-Mer —mis padres siempre han hablado de “campos de concentración”, jamás de “campos de internamiento”— y que prosiguió en diversas agrupaciones de trabajadores extranjeros colocados bajo el control del régimen de Vichy.

Desde hacía algún tiempo, yo pedía regularmente a mi padre que recogiera todos sus recuerdos sobre papel para que nos quedara una huella escrita y construida de su testimonio. Y fue así como, un día de diciembre de 2001, él se puso manos a la obra para dejarnos su historia, desde su infancia en Tornadizos hasta su paso en Francia por los grupos de trabajadores extranjeros y el fin de la Segunda Guerra Mundial. En algunos meses, en lengua española, rellenó dos cuadernos escolares. Habían transcurrido más de sesenta años desde el fin de la guerra civil, pero él guardaba en la memoria los acontecimientos que había vivido y los hombres que había conocido a lo largo de esos años trágicos.

Esta es su historia. La historia de un hombre joven arrastrado en la vorágine de la guerra, pero que, enfrentado a las duras condiciones de existencia que eran las suyas desde hacía años, tenía una conciencia clara de las razones por las que debía luchar. Al igual que todos esos anónimos jornaleros, campesinos sin tierra de Castilla, de Andalucía o de Extremadura, de esos obreros de los barrios de Madrid o Barcelona, de esos mineros de Asturias, él era parte de ese pueblo que se levantaba para cortar el paso a los militares.

Este libro es pues, ante todo, su testimonio, reconstruido en un primer momento en papel y enriquecido a continuación cuando, al responder a mis preguntas, en medio una conversación, despertó por primera vez sus recuerdos más dolorosos.

Yo he transcrito y estructurado su relato a fin de hacerlo más comprensible y situarlo en el contexto de la época, y me he esforzado en hacerlo bajo diferentes puntos, tanto sobre el plan de su historia personal como en el más

general de los momentos previos al conflicto, de la Guerra Civil Española y de sus consecuencias, todo ello mediante complementos que aparecen bajo la forma de notas. Esas informaciones adicionales son resultado directo de mis lecturas, de los contactos que he podido establecer tanto en España como en Francia, así como de mis búsquedas en diferentes servicios de archivos.

Luis GARRIDO OROZCO

MI FAMILIA Y MI INFANCIA

Yo nací el 5 de febrero de 1919 en Tornadizos de Ávila, pequeño pueblo de Castilla situado, aproximadamente, a siete kilómetros de Ávila, capital de la provincia. Eso fue, como más tarde me explicó mi querida madre, durante la noche en que alguien robó los burros de Juan, apodado "el Molinero" porque era quien recogía, en casa de los vecinos, los sacos de trigo para llevarlos al molino que distaba nueve kilómetros del pueblo.

Mis abuelos paternos, a los que nunca conocí, se llamaban Zacarías Garrido y Anastasia Muñoz. Mi abuelo era jornalero y poseía algunas parcelas de tierra y dos pequeños huertos. Tenían seis hijos, tres niñas y tres niños. Mis tías, Rumalia, Nicasia y María, mi padre, Nicolás, y mis dos tíos, Francisco y, el más joven, José.

Mi tía Rumalia, casada con mi tío Victoriano Canales, era también mi madrina. Ellos no tenían niños y yo era, de algún modo, su sobrino del corazón. Mi tío, que era jornalero como la mayor parte de los hombres de Tornadizos, había heredado algunas parcelas de tierra, lo que le permitía realizar modestas cosechas de cereales. Además, criaban un cerdo y tenían un asno que respondía al bonito nombre de Pitana.

Mi segunda tía, Nicasia, se casó con un viudo con el cual tuvo tres niños: Consuelo, Tomás y Goyo. Estos eran pequeños propietarios. Vivían de sus tierras, recolectando cereales. Poseían, igualmente, un pequeño rebaño de ovejas que guardaba su joven hijo Goyo. Recuerdo que un día, cuando tenía muy pocos años, mi madre nos confió a mi hermana Isabel y a mí a nuestra tía Nicasia, y jugando con un objeto de cristal que ella me había dado, se rompió y me hizo una profunda herida en el pie derecho que me provocó una abundante hemorragia. Yo era muy joven pero me acuerdo como si fuera ayer.

Mi tía María contrajo matrimonio con Bruno. Tuvieron dos niños, Gregoria y Gerardo. Mi tía falleció pronto y no la recuerdo. Mi tío Bruno tenía un rebaño de cabras. Me viene a la memoria, aunque era muy joven, que yo regaba el huerto de las Cijas que teníamos en la parte alta del pueblo y mi tío, que guardaba el rebaño en los alrededores, me llamaba para darme leche de las cabras que acababa de ordeñar. Tomaba esa leche, aún caliente, en un cuerno de vaca, que era el recipiente tradicional que utilizaban los pastores para beber el agua

de las fuentes en las que acostumbraban a aliviar su sed, a fin de atenuar los efectos del calor que de junio a septiembre aplasta nuestras tierras de Castilla.

De los tres hijos de mis abuelos, mi querido padre era el mayor. Era un hombre trabajador y decidido, siempre dispuesto a tomar alguna iniciativa para mejorar nuestra vida diaria. Cada vez que pienso en él, como en mi madre, me emociono profundamente. Tengo la impresión de que cada día que pasa me siento más próximo a ellos.

Francisco, mi tío, que era conocido por el sobrenombre de “Carlotes”, fue el primer hermano de mi padre. Se casó con la que fue mi tía, que tenía el apodo de “Maquinilla”. Hay que decir que en esa época, en nuestros pueblos, la mayor parte de las personas eran más conocidas por el mote que por su nombre verdadero. Francisco y “Maquinilla” tuvieron cinco hijos: Cecilia, Primitiva, Leonor, Jesús y Serapio. En 1936, poco después del golpe de Estado de los militares, toda la familia de mi tío se exilió en Aragón y más tarde en Barcelona.

Mi otro tío paterno, José, el más joven de los tres hermanos, se casó con mi tía María, y tuvieron cuatro niños: Daniel, Faustina, Petra y Milagros.

Mis abuelos maternos, Lucilo San Juan e Isidora Jiménez, tuvieron tres hijos: Felipe, Román y mi madre, Francisca. Me acuerdo poco de mi abuelo Lucilo, a quien todos llamaban “Lucilina”. Recuerdo mejor a mi abuela Isidora, pues mi madre nos llevaba a su casa a menudo a mi hermana Isabel y a mí y ella nos entretenía con trozos de tela, hilos y agujas.

Mi tío Felipe marchó a Madrid y yo no le conocí. En tiempo de guerra, durante nuestro paso por la capital, mi padre y yo intentamos sin éxito reencontrarlo. No asistió a las exequias de su padre, pero al finalizar la contienda volvió a pasar por el pueblo y logró sustraer algunas pesetas a mi madre, a pesar de lo mucho que ella las necesitaba.

Mi tío Román, al que yo conocí bien, se casó con Meregilda. Vivían en el pueblo de El Fresno, que dista una veintena de quilómetros de Tornadizos y tenían una hija, Natividad.

Mis abuelos maternos poseían una modesta casa en el pueblo y el huerto de las Cijas que mi padre cultivaba. Él recolectaba patatas, alubias y coles. A medida que mis fuerzas aumentaban, yo también participaba en esas labores, tan útiles para poder cubrir las necesidades alimenticias del hogar; así, yo labraba, sembraba y regaba esa parcela.

De mi primera infancia, tengo pocas cosas que decir. Supongo que debía estar envuelto del mismo modo que mis hermanas y mi hermano pequeño Félix, como yo vi más tarde. Me acuerdo de una pequeña cama donde se acostaban Isabel, Serapia, Balbina y Félix. A modo de parque, nosotros teníamos una caja de madera en cuyo borde nos apoyábamos con nuestros pequeños brazos para evitar caer al fondo. En esta época, en los hogares de los pobres no se conocían todas las comodidades tan útiles que existen en la actualidad.

Tenía alrededor de seis años cuando fui escolarizado. En esa época y en esos lugares la escuela maternal no existía. Había una escuela para los chicos y otra para las chicas. Mi primer maestro era un hombre un poco duro de oído

que en invierno, para calentarse, utilizaba un brasero situado bajo su escritorio. En su ausencia, los alumnos mayores disimulaban unas trampas bajo la ceniza. Cuando, con la ayuda de una fina barra, él removía las ascuas para reactivar el fuego, inevitablemente ponía en marcha las trampas, provocando una buena nube de polvo. Como nadie se delataba, toda la clase era castigada. Este maestro tenía un hijo pequeño que le acompañaba a veces y deambulaba por la clase. Llevaba pantalones cortos y algunos se aprovechaban del descuido de su padre para agarrar el “pajarito” del chiquillo y tirar de él. El niño lloraba pero la sordera de su padre era casi una garantía de impunidad, aunque ese no era siempre el caso. Uno de los castigos que ese maestro practicaba consistía en encerrar al culpable a mediodía para que así no pudiera volver a su casa a comer. Afortunadamente, en la parte baja de la puerta había un orificio por el que un alma caritativa traía siempre un trozo de pan al secuestrado.

A partir de mi noveno año, durante los períodos escolares dejaba la clase a mediodía e iba a llevar la comida a mi padre, que trabajaba entonces en las canteras de granito porfírico situadas cerca del pueblo. Mi madre había preparado el almuerzo y llevaba en un recipiente de barro la mayoría de las veces garbanzos guisados con un poco de tocino; aunque, en ocasiones, añadía un trozo de morcilla. Del pueblo a las canteras de granito tenía que caminar alrededor de cuatro kilómetros y debía estar de vuelta hacia las dos para reemprender las clases. Era un paseo, pero a un ritmo algo rápido, no podía holgazanear en el camino.

Comía con mi padre. A veces él me tenía preparado un pequeño bloque de granito en el que, con la ayuda de un mazo, yo apenas dando algunos golpes obtenía dos adoquines. Era una iniciación al oficio de cantero. Las canteras de granito pertenecían a Nicasio Velayos Velayos,¹ abogado, que fue diputado por la provincia de Ávila y también ministro.

En el transcurso de 1928 se construyeron dos escuelas en el pueblo, una para los chicos y otra para las chicas, así como dos alojamientos para los maestros. Creo recordar que fueron unos albañiles portugueses los que los edificaron. Fue en esa escuela donde adquirí los conocimientos básicos que en esa época representaban mucho para los niños del pueblo.² Debo, además, reconocer el mérito de nuestros maestros. Ellos trabajaban en unas clases con muchos alumnos y en condiciones materiales difíciles. Yo aprendí entonces a leer, a escribir y a contar. Las reglas gramaticales, la geografía de España y de

1. Nicasio Velayos Velayos nació en Cardeñosa —Ávila— el 14 de diciembre de 1887, y murió en Ávila el 21 de junio de 1951, hijo de un comerciante de granos, era licenciado en derecho. Nicasio Velayos fue un miembro eminente del Partido Agrario. También ejerció de ministro de Agricultura durante el gobierno de Alejandro Lerroux, desde el 6 de mayo al 25 de septiembre de 1935. En ese puesto, y conforme a la orientación general de los representantes de los partidos de la derecha española en el gobierno, él se empleó en frenar la puesta en marcha de la reforma agraria, por lo que fue conocido como el ministro de la contrarreforma agraria.

2. Al advenimiento de la segunda República, la tasa de analfabetismo en España estaba próxima al 40%. En las zonas rurales, y entre la población femenina, esa tasa era aún más elevada. En el plano escolar y en el de la educación, la República tenía ante sí un enorme desafío, pues la Iglesia controlaba más del 50% de la enseñanza.

Europa, geometría, un poco de historia y también de historia sagrada completaron mi formación. Los soportes pedagógicos a disposición de los enseñantes se limitaban a unas láminas dedicadas a los distintos temas. Al accionar una manivela se pasaba de una a otra.

Tuve dos maestros. Del primero, don Roque, guardo un recuerdo muy particular, porque un día, mientras dudaba sobre la resolución de un problema, él me cogió la cabeza entre sus dos manos y me la golpeó contra la mesa. Era, sin duda, su método para hacerme entrar la solución en el cráneo. Algunos días antes había llevado a don Roque una docena de huevos de parte de mis padres.

El segundo maestro se llamaba don Eulalio. Me parece que venía del cercano pueblo de Bernuy y que era sobrino del secretario del alcalde. Don Eulalio era un buen hombre y un buen enseñante. Las noches de invierno, él nos hacía leer a la luz de una lámpara de carburo, puesto que, en esa época, para mejorar mis conocimientos, yo volvía a la escuela nocturna. En efecto, no pude proseguir de forma regular mi escolaridad más que hasta los once o doce años. Durante el día, trabajaba ya con mi padre para ayudar a satisfacer las necesidades de nuestra familia. Según recuerdo, entonces debía tener catorce o quince años, cuando Cándido, de quien tendré ocasión de hablar largamente a continuación, me decía: “es necesario que pidas a don Eulalio que os haga leer la Constitución de la República”.